

---

# ¿EXISTE EUROPA CENTRAL?

*Eric HOBBSAWM*

**D**e nuevo, el término Europa central es sometido a debate. Y es necesario examinarlo muy críticamente y, además, Linz es un lugar apropiado para meditar sobre él. Porque de existir el centro geográfico de nuestro continente, no puede estar muy lejos de Linz. Aquí, en la Alta Austria, nos hallamos a medio camino entre la desembocadura del Volga y del cabo más occidental de la tierra firme europea, y entre Islandia y Chipre. Cualquiera que sea el significado de Europa central, conforme al mapa Linz está en ella, y Anton Bruckner, a quien rendimos homenaje, pasó toda su vida en este espacio geográfico.

Pero precisamente enunciados como este que acabo de hacer son peligrosos. Porque la geografía parece conferir al término Europa central una obviedad y una objetividad que no posee. Naturalmente, el término tiene una delimitación geográfica, por mucho que quisiésemos no podrían encajar en él ni Oslo e Ibsen, ni Dostoievski y Leningrado. Pero, en el fondo, Europa central pertenece, como tantos otros términos descriptivos del discurso público, al ámbito de los juicios de valor. Pertenece más a la política que a la geografía, más a

los programas que a la realidad. No denomina lo que es, sino lo que nos gustaría que fuese y así, lo que debemos construir. Todo político o diplomático conoce estos programas camuflados de realidad. Los ríos, que sobre los mapas forman líneas tan claras e inequívocas, se convierten no sólo en fronteras, sino en fronteras «naturales». Las fronteras lingüísticas se tornan fronteras entre Estados, y al contrario, etc. Todos conocemos la subjetividad de los topónimos. El mismo término Europa es desde antaño un balón en el juego político.

Si esto es cierto para Europa, cuanto más lo es para «Europa central», término que no posee definición vinculante alguna. En el fondo, nos las tenemos que ver aquí con un término político, y además con uno cuyos objetivos me parecen indeseables, o en cualquier caso poco realistas. Políticamente, el término tiene tres variantes.

La primera y probablemente originaria es indudablemente la de los partidarios de una Gran Alemania, o mejor dicho, germano-imperialista. Para Friedrich List, quien por primera vez introdujo el término en la literatura política, Europa central era el espacio económico alemán expandido, es decir —para citar a un historiador inglés— la unión económica y quizá política del mundo alemán con Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suiza, cuyo objetivo sería formar una estructura de poder sin fisuras que abarcara desde el Mar del Norte hasta el interior de la península Balcánica. Después de 1848 el gobierno del joven Francisco José asumió por un momento este proyecto, cuando parecía posible una hegemonía de los Habsburgo. Bismarck, que no estaba interesado en una Gran Alemania, tampoco lo estaba en Europa central. Pero el término volvió a tener actualidad en la época del imperialismo, en especial durante la primera Guerra Mundial, en la versión de Friedrich Nauman, cuyo libro del mismo título causó mucho revuelo. Para Nauman, Europa central significaba la unión económica y más tarde política del Imperio Alemán con Austria-Hungría después de la guerra mundial, es decir, no sólo —y cito— de la región entre el Vístula y los Vosgos, Galicia y el Lago de Constanza, sino también su hegemonía económica y política en el sudeste de Europa hasta llegar a Oriente Medio. Europa central se hallaba pues en la ruta hacia Bagdad. Como ven, ha sido y es un término muy elástico. Según el atlas escolar de mi juventud vienesa, abarcaba desde Witebsk y Berdichev, en el Este, hasta Lila y Lyon en el oeste; desde Bélgica hasta Besarabia, desde Lituania hasta los Apeninos.

La segunda variante de Europa central se llama nostalgia de *Kakania*. Esto es hasta cierto punto comprensible, porque en comparación con la historia de esta región durante los últimos setenta años, a los habitantes de Czernovice, Kachau o Fiume el así llamado calabozo de los pueblos del Emperador Francisco José, en retrospectiva no les parece tan insoportable como antes de 1914. Desgraciadamente, no cabe duda de que la situación de la libertad política y de los derechos humanos es hoy peor en la mayor parte del antiguo territorio de los Habsburgo que

en 1913. A pesar de que como consecuencia de la *perestroika* se están abriendo camino grandes mejoras y en parte ya se han conseguido. Pero esto no significa que pueda resucitarse el antiguo conglomerado centroeuropeo de la monarquía K.U.K política o incluso económicamente. Y además no deberíamos olvidar que entre los contemporáneos de Francisco José se daba bastante menos entusiasmo por el Imperio de los Habsburgo que hoy. Si no me equivoco, la monarquía doble del K.U.K, es el único Estado europeo cuyo derrumbamiento y muerte dio origen a una gran literatura. Eso es mucho: pero, con una sola excepción, estos grandes sepultureros literarios no la lloraron. Pensemos en Karl Kraus, Robert Musil, Jaroslav Hásek y Miroslav Krleža, o en la película de Szabó sobre el comandante Redl. Supongo que la única excepción confirma la regla. Examinaré más adelante por qué Joseph Roth en el lejano Wolhynen se mantuvo fiel al Emperador. Sin embargo, también él miraba hacia atrás a los buenos tiempos pasados —y cualquier tiempo pasado es mejor, si desde entonces ha pasado el tiempo suficiente—, no sin una cierta ironía alcoholizada.

En realidad, nadie quiere un regreso a *Kakania*, ni cree que sea posible. Si se diera a elegir a los checos entre un bloque centroeuropeo y el ingreso en la CE, votarían por Bruselas sin dudarle un instante. Las voces a favor de un renacimiento de Europa central que nos llegaban en los últimos años del Este, deben interpretarse como un negativo, no un positivo. No significaban «Tenemos nostalgia de nuestros hermanos en San Pölten o Gorizia», sino «¿No podríamos pertenecer a una parte de Europa que no fuera la soviética?». Eso era muy natural.

Esta segunda variante política de Europa central es bastante inofensiva. La tercera es más peligrosa, porque quiere establecer una diferencia entre las personas y los pueblos «superiores», (es decir, nosotros), y los inferiores (es decir, ellos). En todo pueblo tenemos, como Metternich en su día, un camino que lleva al de nuestros vecinos los bárbaros. Y, eso lo sabemos todos, con los bárbaros, al contrario de con nosotros, no hay nada que hacer. Y es que ser centroeuropeo significa no ser un europeo del Este o un habitante de los Balcanes. Sobre todo, significa que somos mejores que los rusos, los polacos, los rumanos, los bosnios o los montenegrinos —o como quiera que se llame la raza inferior en cuestión—, que, como mucho, son bienvenidos entre nosotros como trabajadores emigrantes. No nos hagamos ilusiones al respecto. En la medida en que los centroeuropeos se deslinden como los civilizados frente a los supuestamente bárbaros, el término Europa central se acerca peligrosamente al racismo, y quizá otra vez al imperialismo. ¿No ha habido siempre, desde la fundación del Imperio alemán, austriacos que se han ofrecido a sí mismos y a su país al poderoso vecino como expertos en temas del sudeste, como personas y país que sabe cómo «hay que tratar» a estos «bebedores de slivoviz»? ¿No hay, todavía hoy, políticos austriacos que recuerdan sus experiencias en la región de los Balcanes?

Por tanto, hay que rechazar el término Europa central en cuanto término político. Pero, ¿qué hay de la cultura centroeuropea? Es decir, ¿existe una cultura, un arte y una ciencia que pueda delimitarse regionalmente?

Hubo una vez una cultura centroeuropea así. Fue la cultura de los judíos emancipados, es decir, de los judíos cultos y burgueses de una gran parte de Europa en tiempos de la hegemonía de la cultura alemana. Era centroeuropea por tres razones. Primero, porque sólo en la parte central de Europa el alemán fue una lengua cultural internacional, si bien no era la única. Y la cultura centroeuropea era la de un grupo de habla alemana cuyos miembros típicos dominaban también otras lenguas, y por ello podían funcionar como nexos de unión cultural entre pueblos. Uno de los más característicos de estos centroeuropeos, el triestino Ettore Schmitz, eligió, y esto es significativo, el seudónimo Italo Svevo: el italo-alemán. Por eso no podemos considerar a personas que no estaban de alguna forma en la encrucijada de las lenguas y culturas, sino permanecían en el ámbito de lo nacional o lo regional, como realmente centroeuropeos.

En segundo lugar, sólo en una parte de Europa, es decir, prácticamente sólo dentro y en torno a la monarquía de los Habsburgo, el público culto de habla alemana se componía en su mayor parte de judíos. Fueron los tiempos antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando el 10% de la población de Viena y el 25% de la de Budapest eran judíos, y cuando sin dificultad podían ocuparse facultades universitarias enteras con oriundos de Czernovice. Repito, este público culto era de habla alemana, aunque se considerara, como en Hungría o, en medida creciente, en Praga, magiar o checo. Y estos judíos emancipados se veían como centroeuropeos, precisamente porque querían distanciarse de los judíos del Este —que hablaban yiddish, y quienes, en especial después de la primera guerra, emigraban al Oeste—, antes de que ambos grupos acabaran en los mismos crematorios.

Finalmente, estas personas eran centroeuropeos porque, como el personaje sin sombra Peter Schlemihl con sus botas de siete leguas, no encajaban en ninguna parte. Sólo eran parte de la geografía general. No se les dejaba ser alemanes después de la primera guerra, ya no se les aceptaba tan fácilmente como magiares de elección, y los judíos emancipados antes de Hitler no mostraban entusiasmo por su propio nacionalismo de sangre y tierra para con Palestina. Como Joseph Roth, cuando necesitaban una patria, sólo podían mirar hacia atrás, hacia aquella monarquía que veía a todas las naciones con igual escepticismo. Y ésta, como bien sabían, había desaparecido para siempre. Aquello que hoy apreciamos como cultura centroeuropea, interesaba poco a la mayoría de los 50 millones de súbditos de los Habsburgo. ¿Y para cuantos de ellos había butacas en las salas de ópera de la monarquía? Lo que hoy nos parece de

importancia central y revolucionario, entonces demasiadas veces sólo existía gracias a la protección de un puñado de burócratas cultos, a uno o dos mecenas, y gracias al dinero de padres o parientes acomodados.

Es cierto, esta cultura de alguna manera tiñó a una clase media relativamente numerosa y culta. Pero tanto ella como Europa central hoy han desaparecido. Europa central ya no existe fuera de un par de colonias de emigrantes que van envejeciendo en Londres y los Angeles, aunque, a diferencia de Viena, haya quedado algo de todo aquello en Budapest. Los antiguos portadores de esta cultura han sido diseminados y asesinados. La cultura alemana, desde Weimar ya no es dominante, es una cultura entre otras. El alemán ya nos es la *lingua franca* de los cultos desde el Báltico hasta Albania, desde los Vosgos hasta el Volga. Hoy, si un joven checo quiere conversar con un joven esloveno o húngaro, habla inglés. Nadie que no sea de habla alemana funda hoy su educación en Goethe o Lessing, Hölderlin o Heine. Desde luego, la antigua cultura centroeuropea no ha caído en el olvido, sigue siendo hoy inolvidable. Incluso se la tiene en mayor estima, se escribe más sobre ella y se medita mucho más sobre ella que antaño. Ha conquistado el mundo. Desde hace un par de años, se intenta incluso lo imposible: traducir a Karl Kraus a otros idiomas. Pero eso tiene tan poco que ver con la Viena actual —y con Linz, no digamos— como Kaliningrad con Kant, quien vivió allí cuando aún se llamaba Königsberg.

Hoy existen, por una parte, una cultura mundial, por otra, culturas nacionales. A los melómanos de Harare, Novosibirsk o Sao Paulo sólo la falta de divisas les impide degustar los mismos discos o casetes con los mismos repertorios de compositores generalmente muertos hace tiempo. Donde existen salas de ópera se representan el mismo par de docenas de obras, seguramente cantados por las mismas sopranos y los mismo tenores, que cruzan los mares igual que jugadores de tenis antes de un partido, y son puestas en escena por los mismos escenógrafos de moda. Seguramente bastantes obras de este repertorio tengan su origen en la cultura centroeuropea, por ejemplo Bruckner y Mahler —quienes sin embargo antes de la Segunda Guerra Mundial apenas eran conocidos en el mundo de la música fuera de Europa central. Pero hoy sería una tontería calificarlos de músicos regionales, sería como recomendar a Mozart en cuanto compositor de Salzburgo. No obstante, en Linz o en San Horlan se escucha a Bruckner de manera distinta que en otras partes del mundo.

Esta cultura mundial desde luego no es homogénea. Todo lo contrario, cuanto más nos acercamos al final del siglo veinte, tanto más se convierte en un conglomerado de cosas exóticas, como el mundo actual, en que es tan fácil ir de vacaciones al Amazonas o a Sri Lanka como antes lo era Ischl o Abbazia.

Por otra parte, cada nación tiene su propia escena cultural. Pero este ya era el caso en tiempos de la antigua Europa central. En cuanto a su cultura, los austriacos de habla alemana no eran alemanes del Reich, igual que los ingleses, a pesar de compartir una lengua con ellos, no son americanos. Sólo ocurría que tenían un mercado de trabajo para intelectuales común. Heidegger y el círculo de Viena no pertenecían al mismo continente espiritual. La escuela austriaca de economía nacional tenía mucho más en común con los británicos que con el profesor Schmoller y los colegas alemanes. Y también al contrario: cada uno de los países y las nacionalidades dentro de la monarquía doble tenía su propia cultura, que tenía sus propios derroteros. Naturalmente, Bartok y Janacek son tan accesibles a los vieneses como a otros melómanos, pero no están más emparentados con Bruckner o Mahler que Stravinsky.

La literatura escrita en las lenguas nacionales permaneció, a pesar de traductores tan dotados como Max Brod, limitada a su propio ámbito lingüístico. ¿Cuánta influencia pudieron tener en tiempos del Emperador Neruda y Vrchliky sobre el público húngaro, Ady y Moricz sobre el alemán? A eso se añadía aquello que aún pervive ahora: la desconfianza mutua. Los socialistas húngaros de los tiempos de la monarquía no querían que Viena se inmiscuyera en sus asuntos, por eso en Budapest no hubo austromarxismo, sino que se tomaba la teoría directamente de los socialdemócratas del Reich. Y si se examina la historia cultural de la monarquía seriamente, no será posible pasar por alto el resentimiento de los alpestres contra los vieneses y los judíos, ni las tensiones culturales, y por cierto también musicales, entre la Austria católica y la hoy tan admirada cultura de las últimas décadas del Imperio de los Habsburgo. Y es que ésta no era la cultura de los 50 millones, sino la de los lectores de la *Neue Freie Presse* y prensa similar en otras capitales. Sí, sus creadores pertenecen a un pequeño grupo de personas que se conocían personalmente entre ellas, a veces eran jóvenes que se sentaban en torno a la misma mesa de tertulia. Victor Adler, Hermann Bahr, Gustav Mahler, Heinrich Friedjung, Rudolf Steiner, Engelbert Pernstorfer y Hugo Wolf apoyaron el genio de Richard Wagner y de Bruckner mientras se tomaban en el mismo establecimiento —el Café Griensteidl— su café cortado.

Por tanto, Europa central carece de significado para la cultura actual. Todos, al menos en Occidente, podemos participar en la cultura internacional, y también en el Este es cada vez más fácil. Pero, ¿qué hay de las culturas nacionales, por ejemplo de la austriaca? Lo digo abiertamente: no está muy bien de salud la vida espiritual en Austria. Hoy, a los austriacos les va mejor que nunca en su historia. Más que eso, viven hoy en uno de los países más prósperos del mundo y, gracias a la gran tradición de la socialdemocracia, en uno en que la sociedad es menos irresponsable para con las personas que en otros ricos países capitalistas. Viven en un país tranquilo, neutral, y esa clase de

países, como ya apuntó Galileo, no necesitan muchos héroes —aunque es cierto que podría vivirse con un poco menos de corrupción en la vida pública. Resumiendo, a diferencia de como sucedía en mi infancia, es hoy una suerte ser austriaco. Sin embargo, hay algo que falta.

Por ejemplo, falta un periódico capaz de medirse con los grandes periódicos europeos. Como lo era antaño la *Neue Freie Presse*. Falta una gran editorial de renombre europeo. La ciencia se ha recuperado un poco desde la gran sangría del nazismo y del estancamiento en los primeros veinte años de posguerra. Hoy, vuelve a haber universidades austríacas que no tienen que avergonzarse de sí mismas. Pero hay que constatar que entre los miembros extranjeros de la Academia de Ciencias y Artes norteamericana a mediados de los ochenta tan sólo había tres residentes en Austria (entre ellos un cardenal y un pianista), mientras que veintiuno de ellos provenían de Suiza.

En Austria desde luego no falta talento, inteligencia, ni tradición cultural. Y, por supuesto, la vieja herencia cultural es administrada con estilo, brillantez y dedicación. Pero ¿no hace falta algo más para que una cultura sea viva y estimulante que el que la Filarmónica de Viena, tanto como la Escuela Española de Equitación y Demel, sigan siendo tan buenos como siempre?

Muchos más austriacos que húngaros o checos tienen coche. Pero en esas otras partes de Europa central los artistas no pueden escapar a su realidad y a las grandes preguntas. Todo lo contrario, saben que se espera precisamente de ellos que se pronuncien sobre ellas —ya que no se cree en los gobiernos ni en las tomas de postura oficiales. Pero, ¿a quién quieren tomar en serio los austriacos? Es un indeseable quien perturba la paz.

¿No se ha pasado en esta hermosa tierra por la posguerra en un estado de feliz ensoñación? ¿Si de alguna forma las cosas han acabado resultando bien! ¿Quién quiere acordarse de que hubo tantos —entre otros el más tarde primer presidente, y primer socialista que lo fue, de la Segunda República—, que vieron con júbilo la anexión de Austria a la Alemania de Hitler? ¿De que sólo un puñado de monárquicos y comunistas creía en la nación austriaca, y que nadie creía que la Primera República fuera capaz de sobrevivir? Gracias a Dios la cosa acabó en que otros decidieron que todos los austriacos habían sido víctimas de los alemanes y que por ello no eran responsables del pasado. Ni siquiera hubo que borrar el pasado, sencillamente desapareció. Ni siquiera hubo que decidirse por ser austriaco. Sencillamente le caía a uno serlo, sin hacer nada por ello; de repente se vivía en un pequeño país neutral en el que a la gente le iba bien. ¿Por qué devanarse el seso sobre Austria? ¿Quién necesita a los que incomodan? Es revelador que la nueva literatura austriaca, que junto con las artes plásticas representa lo más brillante de la cultura austriaca contemporánea, precisa-

mente porque su postura es crítica, obtiene mayor reconocimiento en Alemania que en el propio país.

Pero las preguntas a las que se enfrentan desde la guerra todas las personas y todos los pueblos de Europa, y a las que hay que encarar en estos tiempos, en los que la vida ha cambiado más sustancialmente que nunca antes, también existen en Austria. ¿Cómo nos enfrentamos a nuestro pasado y a nuestro futuro? ¿Adónde vamos? ¿Qué tenemos? ¿En qué creemos? No es fácil que una cultura sobreviva en países en los que se esquivan estas preguntas, y donde los incómodos, que intentan darles respuesta, demasiadas veces hablan al vacío.

Esto no es bueno para el espíritu y para el arte. Uno de los mejores conocedores de la historia cultural contemporánea, el americano Stuart Hughes, ha publicado hace poco un estudio sobre los últimos veinte años en Europa, desde Moscú hasta España, desde Escocia hasta Roma, bajo el Título *Sophisticated Rebels. The Political Culture of European Dissent*. Deprime que en este libro, en el que se habla de todo y de todos, falten Austria y los austriacos. Es injusto. Todos nosotros conocemos nombres que merecen ser incluidos. Pero, por desgracia, no deja de ser característico que a un observador de la cultura europea excepcional y sin prejuicios hoy se le ocurra poco que decir acerca de Austria. Los libros que se escriben sobre Austria se refieren a la Viena de los últimos años de los Habsburgo, incluso a la triste y chispeante Viena de primera República señalada por la muerte, donde se tomaba en serio al destino aunque se bromeara sobre él.

¿Qué se escribirá dentro de cincuenta años sobre la cultura austriaca de finales del siglo veinte? ¿Cómo se la juzgará, por ejemplo en comparación con sus países vecinos? Hago esta pregunta, que aún nadie puede contestar, precisamente porque la reflexión sobre la cultura no debe ser confortable.

*Traducción: Mercedes García Lenberg*

---